



SAN RAFAEL EN LA PLAZA

WASHINGTON.—Según informaciones aparecidas en la prensa, el presidente de la Toyota Motor Company ha hecho construir una pagoda en el Japón, valorada en medio millón de dólares, destinada al reposo de las víctimas de accidentes sufridos por los automóviles de dicha marca.

Uno se pregunta inmediatamente si los fabricantes norteamericanos de automóviles no van a seguir este ejemplo. Un gesto de esta índole, si bien no contribuiría al aumento de seguridad en los automóviles, serviría, al menos, para poner de relieve el interés de las casas fabricantes respecto de sus víctimas.

Las empresas norteamericanas tienen dos opciones: construir capillas individuales para cada marca: Nuestra Señora del Corsair, Tabernáculo del Mustang, Templo del Oldsmobile, Capilla Rambler... o una, más grande, que fuera común a todas las marcas. Podría estar dividida en capillas especiales para cada una de ellas.

Posiblemente ocuparía mucho terreno; pero erigida en lugar conveniente, su costo podría sufragarse con el importe de los aparcamientos. Para evitar que ninguna compañía se beneficiara de lo que es común a todas, el templo podría llamarse San Rafael en la Plaza, por Ralph Nader, el santo patrón de la seguridad en los Estados Unidos. Frente al templo se erigiría una estatua gigante de Nader, seguido por un detective de la General Motors. En los techos de las capillas y naves se pintarían frescos por los mejores artistas nacionales, alusivos a los momentos cumbre de accidentes automovilísticos, y las estancias de pavimentarían de asfalto.

En los altares, modelos de automóviles, camiones, autobuses, todos en oro, y en los bancos, cinturones de seguridad para los que deseen acudir a orar y meditar acerca del futuro del automóvil.

Tendrían lugar, dos veces al día, servicios religiosos en memoria de las personas muertas por contaminación atmosférica o mientras esperaban que se cumplieren las garantías ofrecidas cuando la compra de su automóvil.

Función religiosa especial, con Tedeum, cuando apareciese en el mercado un nuevo modelo de automóvil. Una capilla especialmente consagrada para la meditación y la plegaria en orden a que la póliza de seguros no sea cancelada. Y un comisario de Tráfico, en permanente servicio, para absolver a quienes pequen contra la seguridad en las carreteras.

Como es muy difícil que todos los dueños de todas las marcas puedan tener cabida en el futuro templo, sugerimos que lleven consigo una alfombrilla en el coche. Así, en los atascos circulatorios, podrían bajar y arrodillarse, vueltos hacia esta especie de Meca automovilística.

(Copyright 1971, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

pronto se editará en Francia—, pero mucho más modesto —como venta— que «Love Story», y que se queda —como todo lo que toca nuestra civilización mecánica— muy por debajo de las antiguas técnicas orientales de desarrollar el amor sexual en forma más profunda que lo hace este nuevo manual occidental de ciencia amorosa de que se hacen eco las revistas francesas.

Este volver al mundo de otros valores más plenamente humanos, aunque por reacción nos vayamos ahora al extremo romántico rosa, está latente en las películas más disparas de «Love Story», como son las de las bandas de jóvenes americanos de la moto y la cadena, como la que vi de Los Ángeles desnudos, o el tan traído y llevado —pero bastante decepcionante como realidad renovadora— Woodstock de los «hippies». Aquel film primero es la versión contemporánea de la antigua película del Oeste de bandas de vaqueros enemigos, de carreras desenfundadas a caballo por el desierto y de la rendida doncella que vive del «machismo» de su defensor. Hoy son motos veloces, «blue-jeans», total desenfado femenino en el desvestido ante el calor del desierto; pero —al mismo tiempo— el éxito reconocido del más sensato, del que —a su manera brusca de primitivo— hace respetar a la muchacha y no permite que —como castigo— sea entregada por su «amo» a todos.

Los contrastes

Paris es también —como siempre— la pobreza de los tolerados vagabundos dormitando de noche en los bancos de las estaciones del «metro»; de los alcoholizados —o alcoholizadas— que vagabundean nocturnamente por las calles; de las empobrecidas ancianas con sombrero, que esperan las altas horas de la noche para rebuscar algo de valor o de comida en las papeleras o en los cubos de basura del boulevard Haussman. O el triste espectáculo de los cabarets de Pigalle, donde se exhiben jovencitas desnudas por 2,50 francos, entre llamativos luminosos que empujan por su erotismo vulgar.

O son —por el contrario— las librerías del Barrio Latino, abiertas hasta altas horas de la noche, llenas de gente joven ojeando y comprando libros de sociología, literatura o religión. En estas librerías abundan los mejores libros religiosos de actualidad, señal del nunca decayente afán de cultura, a propósito de todos los temas, en este mundo intelectual francés.

Allí visité la librería La Joie de Lire, donde se tenía una exposición amplísima de obras de sociología a las once de la noche, abarrotada de público, entre las que abundaban los textos clásicos marxistas de Lenin, o los trabajos psicoanalíticos de Wilhelm Reich, el primero que quiso —con poco éxito popular entonces— coordinar a Freud y a Marx (cosa hoy casi corriente); o los escritos militares de Mao Tse-Tung. Pero también estaba —entre otras obras— el ensayo de

François Revel, «Ni Marx, ni Jesús», o el último del universalmente conocido sociólogo Edgar Morin, que a sus cuarenta y ocho años escribe sus Memorias, tituladas Journal de Californie —tan distintas humanamente de las de De Gaulle—, donde se confiesa públicamente en una forma tan excelsiva que a algunos les parecerá que bordea la indiscreción y quizá el narcisismo.

La mística «hippy» de la paz y del amor ha impresionado profundamente a Morin en California, y después de su comunismo oficial de otros tiempos, conserva, sin embargo, el apasionamiento por las «comunidades» no violentas, espontáneas y un poco románticas: «Estas comunidades —dice— representan el avatar renaciente de este comunismo, que no puedo decirme a abandonar...; no es la receta mágica, la solución histórica, lo que yo busco: es el renacimiento de la esperanza... es el gozo profundo que da todo lo que intenta romper la soledad, todo lo que favorece al amor».

Es lógica esta reacción en un país donde —como en casi todo el llamado Occidente cristiano— el cardenal arzobispo de París da la voz de alarma diciendo: «Tengo vergüenza, Francia se adormece en el egoísmo: los pobres no interesan, los demás no interesan».

La soledad occidental

Porque Occidente es lo que tan admirablemente definió el sociólogo americano Rieffman: «una muchedumbre solitaria». No somos núcleos totalmente aislados de individuos con cohesión, no somos tampoco los cristianos solitarios del desierto egipcio del siglo V: somos, en el Occidente en desarrollo, nómadas aglomerados, masa y no pueblo. Pero masa de individuos que se sienten solos, en la más trágica y desesperante soledad, con su nevera, su televisión y su «bungalow», y que terminan, con mayor frecuencia cada vez, por suicidarse, como ocurre en forma creciente en los países escandinavos.

Es trágico apreciar —por ejemplo— este grito de angustia por la soledad, en los reportajes que ha hecho el periódico protestante Réforme, acerca del programa que ellos —los protestantes franceses— dirigen en la mañana del domingo por la televisión. En una Francia donde hay 30 veces más protestantes que en España, se sienten éstos completamente solitarios en el vecino país gallo, según propia confesión.

En ellos podemos apreciar el creciente fenómeno de la crisis religiosa de la soledad: otro aspecto de la muchedumbre solitaria occidental. Porque si hace años lo religioso unía, relacionaba, creaba —más o menos satisfactoriamente— lazos de unión, ahora estamos asistiendo en Francia —y empieza en España— a la experiencia de que la gente que asiste a la Misa católica, o a los oficios protestantes, es una masa informe que